ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

HUYENDO
DE LA POLICÍA

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA

TOMADA DE OTRA FRANCESA

POR

LUIS VALDÉS.

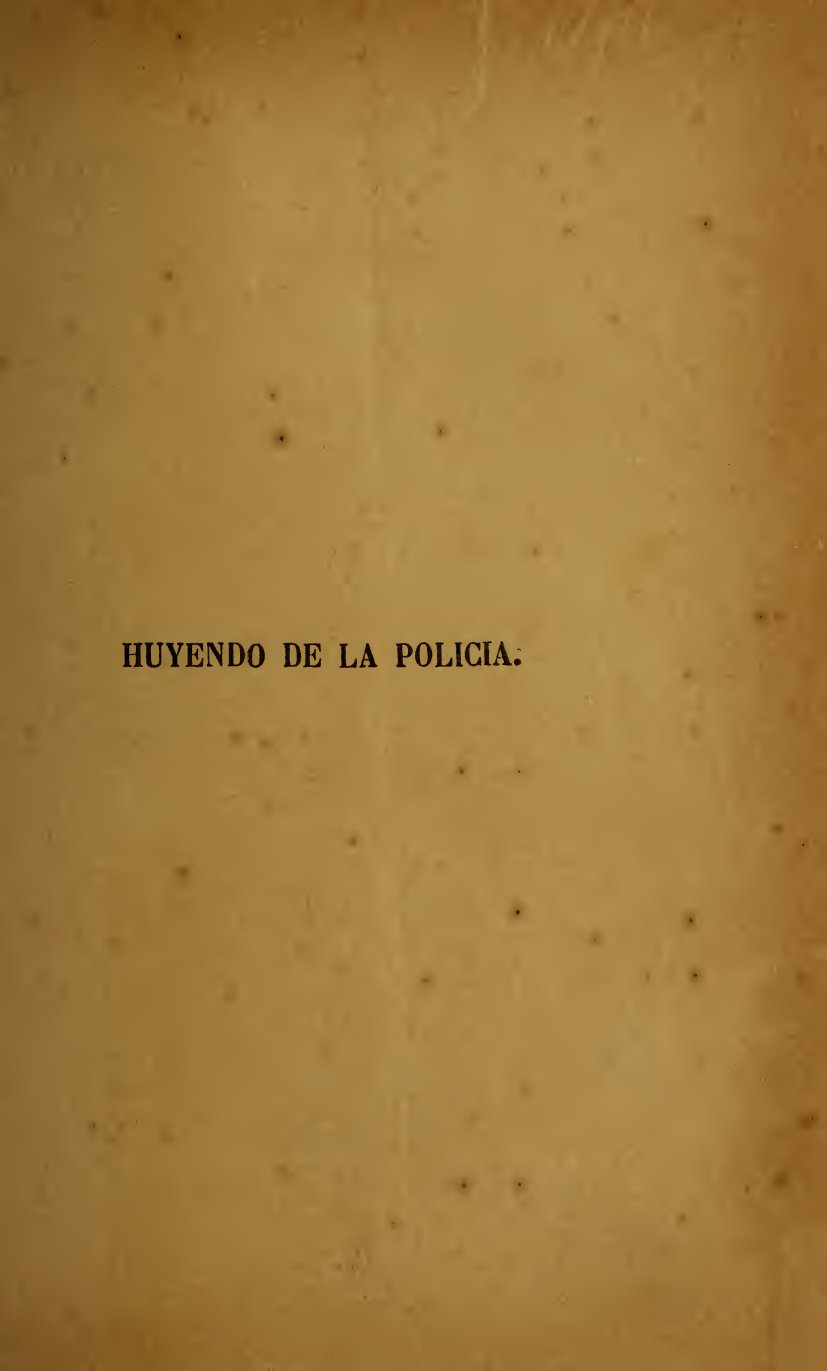
MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1886.

ADICION AL CATALOGO GENERAL DE 1.° DE JUNIO DE 1884.

COMEDIAS Y DRAMAS.

Homb.	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Administración.
»	»	Amalio Crinolina	1	D. Luis Valdés	Todo.
3	2	A tomar baños—j. o. v.	1	José M. Alvarez Ballesteros.	»
»	»	Al sant per la peaña	1	Manuel Millás	»
»	»	Amar per llana	1	Manuel Millás	»
»	»	Bous de cartó	1	Manuel Millás	»
6	»	Buzon de peticiones—c. o. p.	1	Manuel Ramos	»
»	»	¡Cómo se pasa la vida! *monólogo* (1)	1	A. Llanos	»
»	»	Cólera vostras	1	Eduardo Aulés	»
»	»	Como barbero y como alcalde	1	F. Flores Garca	»
»	»	Conflicto matrimonial	1	Julian García Parra	»
»	»	Conspiracion femenina	1	Minguez y Rubio	»
»	»	De la quinta al sétimo	1	Ramon de Marsal	»
2	1	Dos suicidas c. o. p	1	Angel del Palacio	»
»	»	Duo paternal	1	Juan Redondo y Menduiña	»
»	»	El amigo Frito, *parodia*	1	Felipe Perez y Gonzalez	»
»	»	El conde de cabra	1	Granés y Felipe Perez	»
»	»	El diablo harto de carne	1	Francisco Flores García	»
»	»	El marqués de Miragall	1	Manuel Millás	»
»	»	Els microbios	1	Manuel Millás	»
2	3	El novio de Doña Inés—j. o. p.	1	Javier de Búrgos	»
9	1	El pillo y el caballero, *parodia*	1	Juan M. Eguilaz	»
»	»	El ventanillo	1	José Estremera	»
»	»	En lo mich del Mercat	1	Manuel Millás	»
3	2	En los baños de Ontaneda—j. o. v	1	José M. Alvarez Ballesteros.	»
3	1	Entrada por salida	1	Calisto Navarro	»
»	»	¡Felices páscuas!	1	(Autor anónimo)	»
»	»	Gabinete magnético	1	Fran. Serrano de la Pedrosa	»
»	»	Géneros de punto	1	Pedro de Gorriz	»
»	»	Juez y parte	1	Minguez y Rubio	»
»	»	La choza del Pescador	1	José Boladares	»
»	»	La del principal	1	Javier de Búrgos	»
»	»	La costilla de Perez	1	M. Ramos Carrion	»
2	2	La manzana—c. o. p	1	Felipe Perez y Gonzalez	»
»	»	La muerte de Lucrecia—t. o. v.	1	Leopoldo Cano	»
»	»	La pantalla	1	Juan Redondo y Menduiña	»
5	2	La partida de bautismo—j. o. p.	1	Pedro de Gorriz	»
»	»	La Plaza Mayor el dia de Noche-Buena	1	Ramon de Marsal	»
»	»	Lo diari ho porta	1	Eduardo Aulés	»
5	1	Los Carvajales—d. o. v.	1	M. Martinez Barrionuevo	»
»	»	Los mártes de las de Gómez	1	Mariano Barranco	»
»	»	Los postres de la cena	1	Mariano Barranco	»
»	»	Lletra menuda	1	Eduardo Aulés	»
»	»	Maridos al por mayor	1	Julian García Parra	»
»	»	Musich pagat	1	Eduardo Aulés	»
»	»	No hay peor sordo	1	Manuel Millás	»
»	»	Para postres, palos	1	Manuel Millás	»
»	»	Por ir al baile	1	Manuel Millás	»
»	»	Parada y fonda	1	Vital Aza	»
»	»	Pension de demoiselles	1	Vital Aza	Mitad.
»	»	Pension de demoiselles, *música* (2)	1	Pablo Barbero	Toda.
3	2	Política interior—c. o. p.	1	F. Flores García	Todo.
»	»	Remedio heróico	1	Eusebio Sierra	»
»	»	Retratos al viu	1	Manuel Millás	»
»	»	Ropas hechas	1	Joaquin Barbera	»
»	»	Una agencia de criacs	1	Manuel Millás	»
»	»	Una cojida	1	Manuel Millás	»
»	»	Un cambio de situacion	1	Felipe Perez y Gonzalez	»
»	»	Viruelas locas, *parodia*	1	F. Flores García	»
»	»	Volaverunt del altar	1	Manuel Millás	»
»	»	Brazos de pega	2	Manuel Millás	»
»	»	Ganar con creces	2	Juan N. Escobar	»
3	3	Corazon de hombre	3	Pedro de Novo	»

(1) Este monólogo devenga la *mitad* de los derechos de las comedias en un acto.
(2) Esta música, sin la que no podrá ejecutarse la obra, devenga separadamente una *tercera parte* de los derechos de las comedias en un acto.



HUYENDO DE LA POLICIA.

HUYENDO DE LA POLICÍA

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA

TOMADA DE OTRA FRANCESA

POR

LUIS VALDÉS.

Estrenada con éxito en el Teatro de la PRINCESA el 24 de Diciembre de 1885.



MADRID,
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
Atocha, 100, *principal.*

1886.

PERSONAJES.	ACTORES.
CECILIA........................	D.ª Julia Martinez.
BRÍGIDA........................	Victoria Morales.
TRINIDAD, hombre vestido de lugareña........................	D. José Rubio.
DON BERNABÉ..................	Ramon Rosell.
ARTURO........................	Javier Mendiguchía.

ACTO ÚNICO.

Gabinete decentemente amueblado. Puerta al foro, que es la pr'ncipal, y otras laterales. Un tocador de señora, donde mejor convenga para el juego de la escena. Chimenea encendida y un costurero.

ESCENA PRIMERA.

CECILIA, después BRÍGIDA.

CECILIA. (Viniendo á la escena con una tarjeta en la mano.) Al salir anoche del baile me encontré dentro del bolsillo de mi abrigo una tarjeta respaldada, y aqui está. No conozco la letra, y me extraña, porque no tengo antecedentes de la persona que me escribe. (Leyendo.) «Angel mio, te amo con frenesí... Busco el medio de »introducirme en tu casa, y lo hallaré... No te asom»bres de nada, y está prevenida para todo. El Conde »del Pistache.» ¿Quién será este majadero? ¡Me requebraron tantos jóvenes! ¡Oh, es cosa muy triste no tener idea de la persona que nos ama!... ¡En fin, con tal de que el desconocido no cometa alguna imprudencia!.,. Felizmente mi marido acaba de salir con

su amigo Garibay, el espiritista, y no volverá hasta la hora de comer..

BRIGIDA. (Entrando por el foro.) ¡Señora!

CECILIA. ¿Qué quieres?

BRIGIDA. Ahí está una muchacha que viene á pretender para la cocina.

CECILIA. ¿Qué tal facha tiene?

BRIGIDA. Algo hombruna. Debe ser lugareña.

CECILIA. Díle que entre. (Deja la tarjeta dentro del costurero.)

BRIGIDA. (Asomándose á la puerta del foro.) ¡Pase usted!

ESCENA II.

DICHAS y TRINIDAD, que entra vestida de lugareña con pañuelo en la cabeza y un bulto en la mano, donde se supone que trae su ropa.

CECILIA. Acérquese usted... (Ap.) (¡Qué muchacha tan alta!)

TRIN. (Acercándose.) ¡Buenos dias!

CECILIA. Cómo se llama usted?

TRIN. Trinidad Tozuelo, para servir á Dios y á usted, si nos arreglamos.

CECILIA. ¿Dónde ha servido usted?

TRIN. Primero en un cortijo... porque yo nací y me he criado en un cortijo.

CECILIA. ¿Y allí le enseñaron á guisar?

TRIN. No, señora; allí cuidaba de las gallinas; pero murió mi padre, que estaba de casero, y nos fuimos al pueblo, donde he servido á una tía que fué prestamista en Madrid, que tiene cuartos, y que se trata como una princesa.

CECILIA. ¡Ya!

TRIN. La tía me enseñó á guisar, á coser; en fin, á todo, porque me quería mucho; pero no podía ver á la sacristana, y como la sacristana y yo éramos amigas, la tía me puso en el arroyo, y mi madre se empeñó en mandarme á Madrid.

CECILIA. ¿Cómo ha sabido usted que necesito cocinera?

TRIN. Por el carbonero de enfrente, que es paisano nuestro. Cuando llegué me acomodó en la drogueria que hay al cabo de esta calle; y la droguera me cobró también bastante cariño; pero al amo no se le puede aguantar.

CECILIA. ¿Por qué?

TRIN. Á cada instante le tenía que bajar las drogas que guarda en la trastienda... y como algunas están cerca del techo...

CECILIA. ¿Temía usted caerse?

TRIN. No señora, porque el amo, además de sujetar la escalera, me agarraba las pantorrillas; y como no me gusta que me toquen...

CECILIA. (Ap.) ¡Vamos, aunque tonta, es honesta! (Alto.) ¿Trae usted cédula de vecindad?

TRIN. No, señora. Puede usted informarse de mi persona por el carbonero, y por este papel. (Sacándolo del pecho y dándoselo á Cecilia.)

CECILIA. ¿Qué papel es éste?

TRIN. Todos los años se dá un premio á la virtud en mi pueblo el dia del patrono, premio que costea la prestamista, y el año pasado lo gané yo.

CECILIA. (Leyendo.) «Á Trinidad Tozuelo, de veinte años y tres meses» En efecto, aquí se expresa que es usted la muchacha más virtuosa de la población.

BRIGIDA. (Con admiración á Trinidad.) ¡Cuidado si tiene mérito!

TRIN. Ninguno. La que es honesta... como le sale de adentro... naturalmente. Y luego, como mi tía dió tan buenos informes.

BRIGIDA. ¿Y todo el premio cónsiste en ese papel?

TRIN. En ese papel y cinco refajos de bayeta, cada uno de su color.

BRIGIDA. Ya tiene usted para remudar.

TRIN. ¡Cá! Me los pongo todos juntos, unos sobre otros.

BRIGIDA. ¡Qué extravagancia!

TRIN. Lo mismo decia el droguero, desde abajo, cuando yo estaba subida en la escalera.

CECILIA. Basta de escalera, y diga usted cuánto quiere ganar.

TRIN. Pues... cuanto más, mejor.
CECILIA. Yo sólo doy tres duros mensuales,
TRIN. ¿Dos reales diarios?
CECILIA. Justamente.
BRIGIDA. Y la compra.
CECILIA. Creo que llaman.
BRIGIDA. Voy á abrir. (Vase.)
CECILIA. (Á Trinidad.) ¿Le conviene á usted?
TRIN. Si no no hay jovenes en la casa...
CECILIA. Aquí no hay más hombre que mi marido, que es persona formal y no es tan curioso como el droguero.
TRIN. Entonces, me quedo.

ESCENA III.

DICHOS, D. BERNABÉ y BRÍGIDA.

D. Bernabé, que trae el pelo y el bigote muy teñido de negro, entra con mucha precipitación y cubriéndose con una bufanda hasta los ojos. Brígida le sigue.

BERN. (Á Brigida.) ¿Has cerrado bien la puerta?
BRIGIDA. Sí, señor.
BERN. ¡Estoy seguro de que me persiguen!
CECILIA. ¡Quién!
BERN. ¡No dejeis entrar á nadie, y si preguntan por mí, decid que no estoy!
CECILIA. ¿Pero, qué pasa?
BERN. ¿Quién es esta mujer?
CECILIA. Una criada que acabo de recibir.
BERN. (Después de mirar á Trinidad.) ¿Estás segura de que es una criada? ¡Si fuera un hombre disfrazado!
TRIN. (Ap.) ¡Ya me conocieron!
CECILIA. ¡Jesús, qué disparate! ¿Qué te ha sucedido? ¡Vienes desatalentado! Vamos, explícate.
BERN. Luego... luego te explicaré... ¡Que le digan al portero que no deje subir á nadie! (Vase con precipitación por la derecha.)

TRIN. (Bajo á Brígida) ¿Quién es ese viejo tan feo?

BRIGIDA. El marido de la señorita!

CECILIA. ¡Dios mío, qué habrá ocurrido! Brígida, baja á la portería, mientras que yo guardo la puerta de arriba. (Vanse Cecilia y Brígida por el foro.)

ESCENA IV.

TRINIDAD, solo.

¿Y yo qué hago aquí? Esperaré á que vuelvan. Mucho susto traía el amo; pero no fué menor el mío cuando le oí dudar de mi persona. (Dirigiéndose al público.) Hombre soy desde que nací; pero nadie lo sabe más que mi madre, mi tía y la sacristana. Lo que me sucede á mí, no le ocurre á ninguno. Á mi padre le tocó la quinta después de casado; perdió una pierna en la guerra civil, y hubiera tenido que pedir limosna, si mi tía no le nombra casero de su cortijo. Allí nací yo, y al ver que era un chico, juraron mis padres que no entraría en quintas, y para cumplir su juramento han engañado á todo el mundo haciéndome pasar por chica. Mientras estuve en el cortijo no fué difícil ocultar el engaño; pero desde que tuvimos que salir de allí por la muerte de mi padre, y volvimos al pueblo... ¡ya, ya!... Cualquiera dirá que quién ha pasado por mujer veinte años, bien puede continuar haciendo el mismo papel hasta que se muera. Si no hubiese en el mundo más que mujeres, sí señor; porque las mujeres no me buscan, si yo no la busco; pero ¿y los hombres? ¿Cómo escapar de su persecución? Mi tía me enseñó á coser, á planchar, ¡en fin, todas las cosas de las mujeres!... Yo la peinaba, yo la vestía.

ESCENA V.

TRINIDAD y BRÍGIDA.

BRIGIDA. (Entrando por el foro.) ¡Toma! ¿Aún está usted aqui?

TRIN. Como se fueron ustedes sin decirme nada... (Ap.) No me disgusta la compañera. Es más joven que mi tía, y más bonita que la sacristana.

BRIGIDA. He tenido que bajar á la calle, y de camino pedí informes de usted al carbonero de enfrente.

TRIN. Supongo que los habrá dado buenos.

BRIGIDA. Mucho que sí. Ahora sólo falta que seamos amigas.

TRIN. ¿Por qué no lo hemos de ser?

BRIGIDA. Porque me parece usted muy escrupulosa; y como yo no pretendo ganar ningún premio...

TRIN. Hace usted bien.

BRIGIDA. Me gusta tener novio.

TRIN. ¿Á qué mujer no le gusta?

BRIGIDA. Y me compongo para agradar.

TRIN. Ya se conoce. Ese vestido es muy bonito, y le cae á usted muy bien.

BRIGIDA. Es de percal.

TRIN. (Acercándose á Brígida.) Pues parece de seda. (Pasándole las manos por los hombros y los brazos.)

BRIGIDA. ¡Que me hace usted cosquillas!

TRIN. ¡Y está muy bien cortado; sin una arruga! (Le pasa la mano por la cintura.)

BRIGIDA. Eso consiste...

TRIN. Consiste en el molde.

BRIGIDA. ¿En el molde? (Ríe.) ¡Já, já, já!

TRIN. ¿Quiere usted decirme dónde dejo este lío de ropa?

BRIGIDA. En nuestro cuarto.

TRIN. ¿Cómo en nuestro cuarto?

BRIGIDA. (Con sencillez y naturalidad.) Aquí no hay más que uno para las criadas, pero es grande.

TRIN. Me alegro.

BRIGIDA. ¿Es usted medrosa?

TRIN. Mucho.

BRIGIDA. Yo también.

TRIN. ¿No es de fiar el amo?

BRIGIDA. ¡El amo... el amo!... El señor es como todos los hombres.

TRIN. (Ap.) Bueno es saberlo.

ESCENA VI.

DICHOS y CECILIA.

CECILIA. (Entrando por el foro.) ¡Brígida!

BRIGIDA. ¿Señora?

CECILIA. Lleva esta chica á la cocina y entérala de lo que debe hacer.

BRIGIDA. (Á Trinidad.) Vamos.

TRIN. (Ap.) Pues señor, me conviene esta casa. (Vase con Brígida por el foro.)

ESCENA VII.

CECILIA, después BERNABÉ.

CECILIA. No comprendo el temor de mí marido... Entró huyendo como si le persiguieran. (D. Bernabé, disfrazado con peluca rubia y barba del mismo color, sale de puntillas, se asoma á la puerta del foro, y se acerca á Cecilia.)

BERN. (Para sí.) Parece que estamos solos.

CECILIA. (Id.) ¡Y yo que no le esperaba hasta la hora de comer! Pues si llega á venir el Conde del Pistache... (Reparando en D. Bernabé.) ¡Caballero! ¿Quién es usted? ¿Qué se le ofrece á usted?

BERN. ¡Magnífico, no me conoce!

CECILIA. ¡Ah! ¿Eres tú? ¿Á qué viene ese disfraz?

BERN. Pues viene... á que, sin comerlo ni beberlo, soy un terrible conspirador, cogido in fraganti; viene á que me persiguen, y si me echan el guante, me van á pegar cuatro tiros.

CECILIA. ¿Tú conspirador? ¿Tú, que odias la política y no lees otro periódico que *La Correspondencia de España*?

BERN. Yo mismo.

CECILIA. ¡Imposible!

BERN. Me explicaré.

CECILIA. ¡Habla, por Dios!

BERN. Ya sabes que salí con mi amigo Garibay: yo sin otro objeto que pasearme, y él para asistir á una gran sesión del Círculo Espiritista. Pues bien: al llegar á la casa donde dicen que está el Círculo, se despide de mi; le ruego que me presente en la reunión, se excusa respondiéndome que sólo pueden concurrir los sócios, y se cuela en el portal; sospecho que va en busca de la ruleta, y como me intereso por su bien, le sigo á cierta distancia; sube Garibay al cuarto principal, llama, abren y le preguntan: *¿qué es hoy?*, contesta *víspera de mañana*, y se mete dentro.

CECILIA. ¡Es extraño! ¿Tú te volverías á la calle?

BERN. No: el demonio de la curiosidad se apoderó de mí; y sin reparar en las consecuencias, subo, llamo, abren, me preguntan lo que á Garibay, respondo como él, paso y me encuentro á Garibay presidiendo un club de conspiradores.

CECILIA. ¿Qué me cuentas?

BERN. Á poco llega la policía; todos pretenden huir, yo logro escaparme antes que ninguno; pero un agente, que estaba á la puerta de la calle, procura detenerme; no le obedezco, me persigue, y gracias á que el sabueso tropezó con una banasta de cacharros, mientras él se pelaba las barbas con el cacharrero, yo escurrí el bulto, y aquí me tienes.

CECILIA. Vamos, vamos, la cosa no es tan grave como crees. Ni tú has conspirado, ni te ha visto nadie tratar con los conspiradores.

BERN. Me han visto con el presidente, me han visto salir del club, han tratado de prenderme, y estoy seguro de que ya tienen mi retrato.

CECILIA. ¿Cómo han podido hacer tu retrato?

BERN. De memoria. La policía lo puede todo, lo sabe todo, lo ve todo (menos los cacharros), entra en todas partes, y no tardará un minuto en venir aquí.

CECILIA. Tranquilízate.

BERN. Si me descubren, estoy perdido. Por lo pronto me separarán de tí; y nos moriremos de pena... (*Abrazándola.*) ¡Pobre Cecilia mía!...

ESCENA VIII.

DICHOS y TRINIDAD.

TRIN. (*Desde la puerta del foro. Ap,*) ¡Anda, anda! la señora se deja abrazar de un hombre que no es su marido! Mejor. (*Se vuelve de cara hacia el foro y tose.*) ¡Hem, hem!

BERN. (*Muy asustado.*) ¡Ya están ahí!...

CECILIA. No, hombre: es Trinidad, la nueva criada...

BERN. ¿La nueva criada?... (*Mirándola fijamente.*) ¡Ah!... sí... me pareció... ¿Estás segura de su fidelidad?

TRIN. Pierda usted cuidado, señor, que yo no diré á nadie lo que he visto.

CECILIA. ¿Qué puedes haber visto, imbécil?

TRIN. Creí que este señor rubio abrazaba á usted.

CECILIA. Este señor es mi esposo.

TRIN. Pues el otro marido que entró antes, parecía pelinegro.

CECILIA. Aquél y este son una misma persona.

BERN. Y los dos somos rubios. Es decir, somos rubios ó pelinegros, según se nos mire.

TRIN. ¡Ya! (*Ap.*) ¿Si se estilará en Madrid cambiar de pelo como de camisa?

CECILIA. (*Á Trinidad.*) Y tú, ¿á qué viniste?

TRIN. Á decir que hay un señor en la puerta y pregunta si puede pasar.

BERN. (*Ap.*) ¡El agente de policía!

CECILIA. (*Ap.*) ¿Será mi desconocido del baile?

BERN. ¿Ha dicho su nombre?

TRIN. No, señor...

BERN. (*Ap. á Cecilia.*) Hay que recibirle para que no sospeche...

CECILIA. Yo le recibiré.

BERN. Dile que estoy en... las islas Carolinas desde hace un año. Voy á esconderme en el último rincón de la casa. (*Alto á Trinidad.*) Que entre ese hombre. (*Vase Trinidad.*) Adios, hija mía. Ten mucho valor, mucha serenidad y mucha diplomacia. (*Vase.*)

CECILIA. (*Ap.*) Si es el Conde del Pistache, el temor de mi esposo me evita un conflicto.

ESCENA IX.

CECILIA, *después* ARTURO.

ARTURO. (*Entra por el foro, y se para en la puerta. Trae en la mano una maletita de viaje.*) ¡Señora!...

CECILIA. ¡Caballero!... ¡Calle, pues si es Arturo!

ARTURO. El mismo, inolvidable Cecilia. (*Se adelanta.*)

CECILIA. ¡Visita más inesperada!...

ARTURO. Ciertamente, yo no debía presentarme delante de usted.

CECILIA. Si reconoce usted que no debía, ¿por qué se presenta?

ARTURO. Cecilia, hace dos años que nos escribíamos casi todos los días...

CECILIA. ¿Va usted á referirme el triste suceso de nuestras antiguas relaciones amorosas?

ARTURO. Es preciso.

CECILIA. ¿Para qué? lo tengo muy presente. Hace dos años que nos escribíamos; pero como al propio tiempo sostenía usted igual correspondencia con tres de mis mejores amigas, le prohibí á usted volver á tratarme.

ARTURO. Fui víctima de una infame calumnia.

CECILIA. No se moleste usted en sincesarse: aquello acabó para siempre.

ARTURO. ¡Para siempre!

CECILIA. ¿Ignora usted que estoy casada?

ARTURO. Lo sé.

CECILIA. Entonces ¿qué busca usted aquí?

ARTURO. Busco... busco... (Con tono sentimental.) ¡Me trae la desgracia!

CECILIA. ¿La desgracia?

ARTURO. (Con pena.) ¡Cecilia... mis padres quieren casarme!

CECILIA. ¿Y eso le aflige á usted? ¿No le gusta á usted la novia?

ARTURO. ¿La novia? (Con tono afligido.) La novia es muy bonita; aunque no tanto como usted.

CECILIA. Gracias.

ARTURO. (Cada vez más contristado.) ¡Tiene un dote magnífico!...

CECILIA. Miel sobre hojuelas.

ARTURO. Pero mi futuro suegro, que es un ogro, cuando se propone una cosa no desiste hasta conseguirla; y se ha empeñado en que le presente un testimonio de solvencia de todos mis compromisos.

CECILIA. ¿Qué tengo yo que ver con el ogro y sus pretensiones?

ARTURO. Es que para complacer á mi futuro suegro, necesito recobrar los retratos, mechones de pelo y cartas que he repartido durante algunos años, como prendas de amor, para no dejar tras de mí nada que pueda comprometer el sosiego de la madre de mis hijos.

CECILIA. ¿Es usted ya padre?

ARTURO. Todavía no; pero lo seré. Pues, como iba diciendo: obligado á recobrar esas prendas deamor, tomé un coche por horas: he recorrido seis casas, con esta, y me quedan diez y ocho; total veinticuatro.

CECILIA. ¡Dos docenas cabales!

ARTURO. (Mostrando la maleta.) Esta maletita tiene dos separaciones; en una llevo los paquetes que he de entregar, y en la otra echo los que me devuelven. (Saca de la maleta varios paquetes lacrados y entrega uno á Cecilia.) Tome usted lo que le corresponde; aquí van sus cartas, su retrato; un rizo de sus cabellos... todo sin faltar nada; hasta una corcheta; y un palillo de dientes que me regaló usted. Ahora ruego á usted que tenga la bondad de entregarme lo mío, si es que lo conserva.

CECILIA. Lo conservo; pero escondido.

ARTURO. ¿Dónde?

CECILIA. Dentro de la guitarra de mi esposo.

ARTURO. ¡Qué imprudencia!

CECILIA. No tema usted, hace mucho tiempo que no la mira siquiera; y está arrinconada en su despacho. Vuelvo en seguida. (Vase por la izquierda.)

ESCENA X.

ARTURO, después D. BERNABÉ.

ARTURO. ¡Qué bien les sienta á las mujeres el matrimonio! ¡Caramba, si no hubiese tomado un coche que me cuesta ocho reales por hora, no salia de esta casa hasta reconciliarme con Cecilia! Pero, ¡zape! está casada, y yo tengo á los maridos un miedo cerval. Por si acaso tropiezo con éste, he pensado decirle que soy agente de una sociedad que lo asegura todo: fincas, muebles cosechas; hasta la salud y la vida. (Va hacia el foro y se para contemplando algun objeto.)

BERN. (Saliendo de la derecha con precaución.) No oigo nada. Ya se habrá marchado. (Viendo á Arturo.) ¡Diablo, aun está aquí!

ARTURO. (Volviéndose dice ap.) Este debe ser el marido. (Alto y saludando.) ¡Caballero!

BERN. (Saludando.) ¡Caballero!

ARTURO. (Ap.) (Tengamos aplomo.)

BERN. (Ap.) (Hay que engañarle.)

ARTURO. Celebro mucho encontrar á usted.

BERN. (Ap.) Lo creo. (Alto.) ¿En qué puedo servirle?

ARTURO. Ante todo, diré á usted que yo soy agente...

BERN. (Interrumpiendole.) Ya se conoce.

ARTURO. (Ap.) ¿En qué se conocerá? Vamos, lo dice por la maleta.

BERN. Prosiga usted.

ARTURO. Pues siendo usted una de las varias personas á quien

debo dirigirme para el mejor éxito del negocio...

BERN. (Ap.) ¡Bonito negocio!

ARTURO. Me he tomado la libertad de venir á esta casa, y ruego á usted que me perdone.

BERN. (Ap.) Este hace lo que el verdugo cuando pide perdón al reo antes de darle garrote.

ARTURO. Si le molesto...

BERN. (Con amabilidad.) Nada de eso. Ustedes no molestan nunca.

ARTURO. Mi profesión me obliga á ser importuno.

BERN. (Id.) Su profesión de usted es por extremo útil, aunque algunos opinen lo contrario.

ARTURO. No falta quien nos haga la guerra; pero son los enemigos de la prosperidad y del bien común.

BERN. Cierto. Yo, á Dios gracias, amo la familia, la propiedad y el orden; respeto los gobiernos establecidos, respetaré los que se establezcan de aquí en adelante, y nunca dí motivo para que nadie me persiga.

ARTURO. No lo dudo, y me considero muy honrado al conocer á usted.

BERN. ¡Gracias! .. Pero sospecho que me toma usted por el dueño de esta casa.

ARTURO. Es verdad.

BERN. Pues se equivoca usted: don Bernabé Majagranzas está en... las islas Carolinas desde hace dos años. Soy su mejor amigo; y al irse, me rogó, que durante su ausencia, no dejase de acompañar á su esposa.

ARTURO. Compreudo.

BERN. (Ap) ¡Ya le engañé!

ARTURO. (Ap.) ¿Será pretendiente de Cecilia? ¡Vaya un gusto que tiene mi antigua novia!

BERN. Por lo visto, usted no conocía á D. Bernabé.

ARTURO. No, señor. (Ap.) Pero no será más feo que tú.

BERN. Es una excelente persona; moreno, buen mozo.

ARTURO. ¡Su esposa sí que es muy guapa!

BERN. ¿Verdad?

ARTURO. ¡Vaya!... Su garganta y su escotepa recen de alabastro.

BERN. ¡De nieve!

ARTURO. Es ancha de hombros y de caderas.
BERN. Muy ancha.
ARTURO. Tiene una cinturita así: (Formando círculo con los dedos pulgares é índices de las dos manos.)
BERN.. Más estrecha aún. Así: (Formando el círculo con el pulgar é índice de una sola mano.)
ARTURO. ¡Un pie diminuto!
BERN. ¡Invisible!
ARTURO. ¡Y unas!...
BERN. Cierto, cierto. (Ap.) ¡Lo que averigua la policía! ¡Lo saben todo!

ESCENA XI.

DICHOS y CECILIA.

Cecilia trae un paquete en la mano, y al ver á su esposo lo esconde.

CECILIA. (Ap.) ¿Mi marido con él? (Á Bernabé.) Hace media hora que te estoy buscando.
ARTURO. (Ap.) ¡Le tutea delante de mí!
BERN. (Ap.) ¡Á qué mala ocasión ha venido Cecilia! ¡Si me nombra, me vá á descubrir!)
CECILIA. ¿En qué rincón te has metido?
BERN. Aqui me dejó usted, y aquí estoy; pero á no entretenerme la conversación de este caballero, (Marcando las palabras.) que busca á su esposo de usted, ya me hubiera marchado.
CECILIA. ¿Á dónde?
BERN. Á mi casa. Tengo mucho que hacer.
CECILIA. (Ap.) El temor de la policía le saca de tino.
BERN. Adios, amiga Cecilia. Cuando escriba usted á su esposo, no se olvide de darle recuerdos míos.
CECILIA. ¡Adios!
BERN. (Saludando á Arturo.) ¡Caballero!...
ARTURO. Beso á usted la mano.
BERN. (Ap. y yéndose.) ¡Le engañé como á un chino! (Vase.)

ESCENA XII.

ARTURO, CECILIA; después TRINIDAD.

ARTURO. (Sonriente.) No comprendo cómo la amistad de ese buen señor puede consolar á usted de la ausencia de su esposo.

CECILIA. Ese caballero que acaba de salir es mi marido.

ARTURO. ¿De verás? Entonces, ¿por qué pretende pasar como amigo de su esposo de usted?

CECILIA. ¡Rarezas! ¡Es muy celoso, sospecharía de usted, y para sonsacarle sin duda!...

ARTURO. Afortunadamente sólo he dicho que es usted muy hermosa.

CECILIA. Mal hecho.

ARTURO. Lo que está á la vista...

CECILIA. Vamos, vamos, déjese usted de galanterías, y tome sus cartas. (Le da el paquete.)

ARTURO. (Conmovido.) ¡Ah, Cecilia, qué momento tan cruel... (Cambiando de tono.) ¿Están todas?

CECILIA. (Conmovida.) Todas, y todo: sus cabellos y sus retratos.

ARTURO. Nunca creí que llegase este doloroso momento.

CECILIA. Yo tampoco.

ARTURO. Cecilia, no será usted tan dura de corazón que me prohiba venir á verla de cuando en cuando.

CECILIA. ¡Arturo, piense usted en que va á casarse!

ARTURO. No me he casado todavía, y es posible que después de ver á usted, no tenga valor para unirme á otra mujer.

CECILIA. (Bajando los ojos.) ¡Por Dios, Arturo!

ARTURO. (Con entusiasmo.) Sí, ¡encantadora Cecilia!, su presencia de usted ha renovado el antiguo fuego de mi corazón, y no saldré de esta casa... (Parándose de repente, dice, ap.) (¡Diablo, ya me olvidaba del coche por horas, y de las dieciocho visitas que me quedan que hacer!...) (Toma el sombrero y dice á Cecilia con tono patético.) ¡Ceci-

lia, iba á decir que no me separaría de usted sin llevar el consuelo de una esperanza; pero ha sonado en mi oido la voz del cochero. digo del deber, y me marcho. (Besa la mano de Cecilia repetidas veces.)

CECILIA. (Retirando la mano.) ¡Basta, basta!....

ARTURO. ¡Adios, adorada Cecilia! (Vase precipitadamente por el foro.)

ESCENA XIII.

CECILIA, después TRINIDAD, luego BERNABÉ.

CECILIA. (Pensativa.) ¡Es un buen muchacho, y contra mí deseo, no he podido menos de conmoverme al recordar nuestras antiguas relaciones! ¡En fin, aquello pasó, yo estoy casada, y él vá también á casarse!... (Sacando del bolsillo el paquete de cartas que le dió Arturo.) ¡Aquí están mis cartas! ¡Jesús, no creí haber escrito tanto! ¡De buena gana las conservaría para entretenerme leyéndolas, pero no tienen fecha, y si me sorprendiese Bernabé, tendríamos un disgusto... ¡Hay que olvidarlo todo! (Echa el paquete á ia chimenea.) ¡Pronto sereis pasto de las llamas, pensamientos mios! (Mirándose al espejo.) Dice Arturo que me conservo muy hermosa... y eso que estoy despeinada... ¡Qué adulador! (Llama á la campanilla.)

TRIN. (Entrando por el foro.) ¿Ha llamado la señora?

CECILIA. Sí; diga usted á Brígida que venga á peinarme.

TRIN. Ha salido.

CECILIA. ¡Sin decirme nada! ¡Estamos bien! ¡Sabe Dios cuando volverá!

TRIN. En el pueblo peinaba á mi tía, y si la señora quiere que yo la peine...

CECILIA. No, gracias: me peinaré sola.

TRIN. Está bien. (Ap. y yéndose.) (¡Qué guapa es! ¡Cuánto siento que no acepte mis servicios!) (Vase.)

ESCENA XIV.

CECILIA, BERNABÉ, después BRÍGIDA. Cecilia. se sienta al tocador y permanece en él arreglándose el cabello todo el tiempo que convenga al juego escénico.

BERN. (Entrando por el foro.) ¡Ya está el campo libre!
CECILIA. ¿Quién anda ahí?
BERN. Soy yo.
CECILIA. ¿Quieres algo?
BERN. Nada. Me he sentado cerca de una ventana en el café de enfrente, para atisbar cuando salía el polizonte. Mientras tanto, se me ha ocurrido un medio que acreditará mi estancia en las Carolinas. Te escribo una carta fechada en la capital de aquellas islas dando noticia de mi viaje, de mi llegada, de lo que he visto, etc., etc.; tú se la enseñas á todas tus amigas, procuras que lo publiquen en los periódicos, y pleito concluído. Pero ¿cómo se llama la capital de las Carolinas?
CECILIA. No lo sé.
BERN. ¿Por dónde se va? ¿Qué se ve allí? Se lo preguntaré á mi amigo Brijan, que todo lo sabe y ha sido cartero del interior.
BRIGIDA. (Entrando muy azorada por el foro.) ¡Señora!... ¡Señora!...
CECILIA. ¿Qué ocurre?
BRIGIDA. (Con misterio.) Ocurre... ¡Estoy temblando!
CECILIA. ¡Habla!
BERN. Sí, sí, explícate.
BRIGIDA. Pues al coger el lío de la ropa de Trinidad, se desató el pañuelo y he visto dentro dos navajas de afeitar y una cajetilla de tabaco.
CECILIA. ¿Qué dices?
BERN. ¿Estás bien segura?
BRIGIDA. Aquí lo traigo todo. (Mostrándolo.)

CECILIA. (Cogiéndolo.) ¡Pues es verdad! No comprendo que significan estas navajas.

BERN. Yo sí lo comprendo. Esa criada es un hombre disfrazado de mujer.

CECILIA. Puede que tengas razón. (D. Bernabé se guarda los objetos en el bolsillo.)

BRIGIDA. Sin duda ninguna. Es un hombre, y ahora recuerdo que me pasaba la mano por la cintura.

BERN. ¡Entónces. ya sé quien es!

CECILIA. ¿Quién?

BERN. Un agente de policía que tiene encargo de vigilarme dentro de mi casa.

CECILIA. No lo creo.

BERN. Hay que averiguarlo en seguida, y yo lo averiguaré con maña. Brígida, dí á esa mujer ó lo que sea, que yo la llamo. Y tú, Cecilia, déjame á solas con el esbirro. (Vase Brígida.)

CECILIA. (Ap., yéndose.) ¡Si fuese el conde del Pistache, y Bernabé lo descubre, qué compromiso para mí!

ESCENA XV.

BERNABÉ, después TRINIDAD, luégo CECILIA.

BERN. Le voy á tender una red. (Arranca un botón de su levita.) Si es hombre, no sabrá manejar la aguja, ó lo hará con torpeza, á no ser que haya sido sastre.

TRIN. (Entrando por el foro.) ¿Me llama usted, señor?

BERN. Sí, hija mía... Acércate... (Ap.) Es necesario estar ciego para no haber conocido que esta mujer es un polizonte disfrazado de cocinera.

TRIN. (Ap.) ¡Cómo me mira!... ¡Si sospechará algo!

BERN. ¿Sabes coser?

TRIN. Regularmente.

BERN. Pues, te he llamado... porque se me acaba de caer este botón... y Brígida los pega muy mal...

TRIN. Los que yo pego no se arrancan sino con el bocado.

BERN. Así me gusta. En el cajón del costurero debe haber

seda y agujas. (Trinidad saca del cajón lo que dice; toma el botón y se pone á pegarlo.)

TRIN. Aquí hay una aguja enhebrada. Deme usted el botón.

BERN. (Ap., bajando la cabeza para observar.) Pues tiene agujeros en las orejas. Se los habrá hecho para venir aquí.

TRIN. Ya está. Cortaré la hebra con los dientes. (Lo hace.)

BERN. (Ap. y observando.) ¡Juraría que este pelo es postízo! (Baja más la cabeza; Trinidad levanta de repente la suya y tropieza con las narices de D. Bernabé.)

TRIN. ¡Ay!

BERN. ¡Huy!... (Llevándose las manos á las narices.)

TRIN. ¿Le he hecho á usted daño?

BERN. Un poco. (Ap.) ¡Qué cabeza tan dura!

TRIN. Pues si no tiene usted que mandarme...

BERN. Espera... (Ap.) Le voy á tender otra red... y esta es infalible. (Alto.) ¡Trinidad, mientras tú estabas pegándome el botón, he observado que eres muy guapa!

TRIN. Eso dicen los hombres á todas las mujeres.

BERN. Yo digo siempre lo que siento; y es lástima que una chica como tú, viva fregando pucheros y tostándose en el fogón.

TRIN. La que es pobre, tiene que trabajar.

BERN. Tú puedes ser rica.

TRIN. Yo, ¿cómo?

BERN. Aceptando mi protección. Yo te compraría muchos vestidos. ¿Qué dices á esto?

TRIN. Digo que no vendo mi virtud por todos los vestidos del mundo.

BERN. ¡Vamos, tontilla, déjate querer! (Dándole unos golpecitos en la mejilla.)

TRIN. ¡Estése usted quieto!

BERN. ¡Diablo, tu cara raspa como la de un hombre.

TRIN. Tengo el cútis muy áspero de andar al sol.

BERN. ¿Por qué no te afeitas? Toma tus navajas. (Enseñándole las que guardó.)

TRIN. (Ap.) ¡Mis navajas! ¡Estoy descubierto!

BERN. Amigo mio, se acabó la farsa. Sé que es usted hom-

bre; y tambien el motivo que le obliga á disfrazarse.

TRIN. Pues si lo sabe usted todo, no extrañará...

BERN. (Con amabilidad.) Yo no extraño nada. Usted cumple con su deber.

TRIN. No es mia la culpa. Mis padres se empeñaron...

BERN. Mal hecho. Los padres no deben torcer la inclinación de sus hijos cuando se trata de darles carrera.

TRIN. Mis padres hicieron su gusto y ya es tarde para remediarlo. La posicion en que me encuentro es muy comprometida; pero yo procuro portarme de la mejor manera posible.

BERN. Hace usted bien; y yo, si me encontrase en su lugar, procuraría desempeñar otra ocupación más... más... más simpática y más lucrativa. ¿Cuánto gana usted?

TRIN. Dos reales diarios.

BERN. ¡Nada más!

TRIN. Nada más.

BERN. (Ap.) ¡Qué mal pagada está la policía! (Saca una cartera y de ella un billete de banco.) Veo que es usted un hombre de bien, y como prueba del interés que me inspira, quiero obsequiar á usted con este billetito de mil reales.

TRIN. ¡Muchas gracias señor! (Ap.) Mi tia guardaba algunos de á ciento.

BERN. Y no crea usted que trato de corromper su rectitud; nada de eso. Sin embargo, quisiera merecer de usted un favor.

TRIN. Diga usted.

BERN. Desearía que no abusase de su posición dentro de mi casa, y que me evite el más pequeño disgusto.

TRIN. Lo que es por mí, nada tiene usted que temer.

BERN. (Estrechando la mano de Trinidad.) ¡Gracias!... Ya veré yo la manera de proporcionar á usted otra ocupación más... más simpática y lucrativa.

TRIN. (Ap.) ¡Qué hombre tan amable y tan generoso! (Alto.) Ruego á usted que no descubra mi secreto.

BERN. Pierda usted cuidado.

TRIN. Aquí viene la señora. (Se aleja de D. Bernabé.)

CECILIA. (Ap. á su marido.) ¿Qué hay?

BERN. (Id. á su mujer.) ¡Es un hombre!

CECILIA. ¡Ah! (Ap.) El Conde sin duda.

BERN. (Ap. á Cecilia.) No te des por entendida. Yo tengo que salir en busca de mi amigo Brijan, y vuelvo al momento. (Vase por el foro.)

ESCENA XVI.

CECILIA y TRINIDAD.

CECILIA. (Ap.) ¡Y se va! Cuando me deja sola con él es señal de que nada sospecha! (Observándole.) ¡Qué feo debe ser! (Trinidad hace como que arregla el tocador.)

TRIN. (Ap.) Pues si me desmando con la señora ó la criada, estoy lucido.

CECILIA. ¡Señor Conde!... ¡Caballero!... ¡Trinidad!

TRIN. ¡Señora!

CECILIA. Puede usted dejar de fingir; sé quién es usted.

TRIN. (Ap.) ¡Anda, ya se lo contó su marido!

CECILIA. Y me extraña mucho, caballero, que haya usted tenido el atrevimiento de introducirse en mi casa con ese disfraz, comprometiendo mi opinión y mi honra.

TRIN. ¡Yo... señora!...

CECILIA. (Indicándole la puerta.) ¡Salga usted inmediatamente de aquí! ¡Salga usted!

TRIN. ¡Ya me voy, señora, ya me voy! (AP.) ¡Qué mujer tan ridícula! (Vase)

ESCENA XVII.

CECILIA, después ARTURO.

CECILIA. Supongo que se irá de esta casa. ¿Y si no se fuese?... Le diré á mi marido que le despida.

ARTURO. (Entrando precipitadamente) ¿Está usted sola?

CECILIA. ¡Arturo! ¿Otra vez aquí?

ARTURO. Vengo á subsanar un error. Como tenía tantos paquetes que repartir, entregué á uste del de miss Tigre, una chula del Lavapiés, recriada en los Estados Unidos, que ahora trabaja en el Hipódromo. Al ver sus cartas de usted se puso furiosa; y ha jurado remitir por las suyas si yo no se las llevo dentro de diez minutos.

enviarlas á su esposo
á V., sino le llevo las
suyas dentro de
diez minutos

CECILIA. Debió usted recoger mi paquete.

ARTURO. Lo intenté; pero como es gimnasta, me tiró al suelo. Deme usted el paquete de miss Tigre.

CECILIA. ¡Imposible!

ARTURO. ¿Por qué?

CECILIA. Porque lo he quemado en la chimenea, creyendo que me pertenecía.

ARTURO. ¡Buena la hemos hecho!

CECILIA. ¿Qué importa? Dígale usted á esa fiera que puede quemar el mío; y con tal de que lo que me delante deusted, me doy por satisfecha.

ARTURO. Lo que hará, cuando pasen diez minutos, es remitir á su esposo de usted el paquetito que le entregué por equivocación.

CECILIA. ¿Será capaz de semejante vileza?

ARTURO. Lo ha dicho, y es capaz de todo. Ya ve usted, se arroja de cabeza todas las noches desde el techo del Circo.

(Se oye la voz de D. Bernabé.)

CECILIA. ¡Cielos, mi marido!

ARTURO. ¡Caracoles!

CECILIA. ¿Qué pensará si le ve á usted aquí otra vez?

ARTURO. Me voy. (Se dirige hacia el foro.)

CECILIA. ¡No, que viene por ese lado!

ARTURO. ¿Dónde me escondo?

CECILIA. Métase usted destrás de esa cortina. (Arturo se esconde detrás de las cortinas.)

ESCENA XVIII.

CECILIA, ARTURO escondido, D. BERNABÉ, después BRÍGIDA.

BERN. (Que entra muy preocupado por el foro, dice para sí:) Mi amigo Bríjan no sabe jota de las Carolinas. ¿Á quién recurrir para enterarme? (Al pasearse de una parte á otra llega cerca de la cortina donde está oculto Arturo.)

CECILIA. ¡Hombre, siéntate, que me mareas! (Ap.) ¡Le va á descubrir!

BERN. (Para sí.) ¡Ah, qué idea! Cecilia estaba leyendo ayer el libreto de *La vuelta al mundo*, y debió guardar el libro en su costurero... (Registrándolo.) Vamos á ver si dando la vuelta al mundo, tropiezo con las Carolinas.

CECILIA. ¿Qué buscas ahí?

BERN. El libreto de *La vuelta al mundo*.

CECILIA. Lo tengo en mi alcoba. (D. Bernabé saca una tarjeta del costurero.)

BERN. ¿De quién es esta tarjeta con escudo y corona?

CECILIA. No lo sé... (Ap.) ¡Esto sólo me faltaba!

BERN. (Leyendo.) «Angel mío, te amo con frenesí. Busco el medio de introducirme en tu casa, y lo hallaré... No te asombres de nada, y está prevenida para todo.—El Conde del Pistache.» (Mostrando la tarjeta á Cecilia.) ¿Dónde está el miserable autor de estos renglones?

CECILIA. Ni le conozco, ni le he visto en mi vida.

BERN. Entonces, ¿cómo llegó á tus manos su tarjeta?

CECILIA. Por el correo.

BERN. ¡Ay de él si llega á introducirse en mi casa!

CECILIA. ¡No se introducirá!

ARTURO. (Estornudando.) ¡Ahchis!...

BERN. ¿Eh?

ARTURO. (Id.) ¡Ahchis!...

BERN. Alguien está escondido detrás de esa cortina. El Conde seguramente.

CECILIA. (Turbada.) ¡Te juro que no!

BERN. Salga usted, señor Conde, ó le saco á usted de las orejas.

ARTURO. (Saliendo asustado.) ¡Perdone usted, caballero!...

BERN. (Reconociéndole y cambiando de tono.) ¡Ah, es usted? (Ap.) ¡El polizonte que me espía!

ARTURO. He vuelto en cumplimiento de mi comisión: entré en este cuarto, no ví á nadie, y me entretenía examinando el forro de esa cortina.

BERN. No tiene usted necesidad de disculparse. (Apoyando las palabras.) Las funciones que usted ejerce, le autorizan para todo.

ARTURO. (Ap. á Cecilia.) ¿Qué funciones serán esas?

CECILIA. (Ap. á Arturo.) ¡Diga usted á todo que sí!

BERN. Usted ha querido averiguar si soy el marido de esta señora.

ARTURO. Cierto.

BERN. Pues bien, caballero, yo soy don Bernabé Majagranzas; pero no he conspirado jamás; las apariencias me condenan, y un hombre honrado como usted, aunque pertenezca á la policía, no debe perseguir á un inocente.

ARTURO. Es verdad. (Ap.) Ya sé cuales son mis funciones.

RRIGIDA. (Entrando por el foro.) Señor, acaban de traer este paquete para usled. (Se lo entrega á D. Bernabé y vase.)

ARTURO. (Ap. á Cecilia.) ¡Las cartas que usted me escribió!

CECILIA. (Ap. á Arturo.) ¡Sálveme usted!

BERN. ¿Qué será esto? Dice urgente. Veamos. (Se dispone á abrir el paquete.)

ARTURO. (Á D. Bernabé.) Deténgase usted.

BERN. (Asombrado.) ¿Por qué he de detenerme?

ARTURO. ¡Porque hay papeles que abrasan las manos de quien los toca!

BERN. (Mira el paquete con temor y lo cambia de una á otra mano, como si se quemase.) ¡Dios mío! ¿qué dice usted?

ARTURO. Ahí están los hilos de una basta conspiración.

BERN. ¿Es posible?

ARTURO. Y si trata usted de abrirlo, será para destruir algún

documento que le compromete.

BERN. (Tirando el paquete al suelo.) ¡Cáscaras!... (Arturo recoge el pliego.)

ARTURO. Yo debería entregar estas pruebas al gobierno, porque he venido aquí con el encargo exclusivo de buscarlas. Mas para que vea usted como entre los que ejercen mi profesión, hay personas altamente benéficas, arrojo este paquete al fuego. (Lo arroja en la chimenea.)

BERN. ¡Gracias, amigo mío... no por mí, que soy inocente; sino por la tranquilidad de mi esposa y en nombre de los interesados.

ARTURO. Yo me complazco en favorecer á todo el mundo.

BERN. Yo también: y quisiera merecer de usted un favor.

ARTURO. Concedido.

BERN. ¿Puede usted decirme si pertenece á la policía, uno que se titula el conde del Pistache?

ARTURO. (Mirando á Cecilia que le hace un gesto afirmativo.) Sí, señor, pertenece á la policía, como yo.

BERN. Me lo figuraba. (Ap.) ¡Qué actividad y que astucia la de este Agente! Á la media hora de salir huyendo del Club, uno procuraba apoderarse de mi cocina, otro de mi mujer y otro de mi persona.

ESCENA XIX.

DICHOS, BRÍGIDA y TRINIDAD.

Brígida trae una carta cerrada en la mano; y Trinidad procura quitársela.

BRIGIDA. ¡Señora, señora! el carbonero ha traido esta carta para Trinidad.

TRIN. Démela usted.

BRIGIDA. No, señora; digo, no señor. Los amos tienen sospecha de que no es usted lo que parece, y deben enterarse de todo. (Á Cecilia dándole la carta.) Tome usted, señora.

CECILIA. (Entregando la carta á su marido.) Entérate tú.

BERN. (Entregándosela á Arturo.) Yo no. Este caballero es el jefe de Trinidad, y le corresponde leerla.

ARTURO. (Leyendo.) «Querido hijo Trinidad...»

BRIGIDA. ¿Ven ustedes como dice hijo?

BERN. Ya lo vemos. (Á Arturo.) Siga usted.

ARTURO. (Leyendo.) «Sabrás como ha muerto tu tia de una ensalada de pepinos, y como te ha nombrado su heredero único de cuanto tenía dentro y fuera de casa. Ya eres rico, y puedes redimirte si entras en quintas. Suelta las sayas y vente con tu madre.» etc.

TRIN. Soy rico y puedo vestirme de hombre, ¡qué felicidad! (Da saltos de alegría y hace ademan de quitarse alguna prenda exterior del vestido.)

BERN. (Á Trinidad.) ¿Qué hace usted?

TRIN. Voy á desnudarme.

BERN. ¿Delante de estos señores? (Por el público.)

TRIN. Es verdad. Ya me olvidaba de que no soy mujer. ¿Sabe usted de alguno que me quiera prestar unos pantalones?

BERN. No piense usted en eso; y pues lleva faldas, aproveche la ocasión para pedir un aplauso.

TRIN. ¿Por qué no lo pide usted?

BERN. Porque si yo lo pido, me van á soltar un agente de policía.

TRIN. Entonces yo lo pediré. (Dirigiéndose al público.)

Público, por compasión,
si esta broma no te agrada,
en lugar de una palmada
concédenos tu perdón.

FIN.

Homb.	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Administración.
7	3	El amigo Fritz—c. t. p	3	Luis Valdés	Todo.
5	3	El desheredado—c. o. v	3	Valentin Gomez	»
»	»	Justicia del cielo	3	F. Barbero Garrido	Mitad.
7	2	La blusa	3	Antonio Zamora	Todo.
»	»	La hija del réprobo	3	Valentin Gómez	»
»	»	La vida pública	3	Eugenio Sellés	»
»	»	Lo dtt de Deu	3	Manuel Millás	»
8	3	Los frutos del error	3	Pedro Castañer	»
»	»	Rabagás	3	Antonio Zamora	»
8	3	Sangre azul	3	Sres. Gorriz y Sanchez Castilla.	»
»	»	San Sebastian, mártir	3	D. Vital Aza	»

ZARZUELAS.

Homb.	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Administración.
»	»	¡¡Apchi!!	1	D. Manuel Millás	L.
»	»	Agua y cuernos	1	Sres. M. Pina Dominguez, Búrgos, Chueca y Valverde	L. y M.
5	4	Á la cuarta pregunta	1	García Valero y Hernandez	L. y M.
5	2	Á la sombra de papá	1	Garcés y Cansino	L. y M.
»	»	Á oposicion	1	Santamaría y Reig	L. y M.
3	1	Cantar á tiempo	1	Francisco Alfonso y Hernandez.	1/2 L. y M.
10	5	Caramelo	1	Búrgos, Chueca y Valverde	L. y M.
»	»	Chocolate y mogicon	1	Sres. Palacio, Valverde y Romea	M. y 1/2 L
»	»	Clínica	1	Sres. Gorriz y Espino	L. y M.
3	1	Cristóforo Colombo, *ópera*	1	D. Antonio Llanos	M.
»	»	El cajon de sastre	1	Sres. Cocat, Santamaria y Reig	L. y M.
»	»	El cuarto de Rosalía	1	Acevo y Bauzá	L. y M.
»	»	El fantasma	1	Fernandez Terrer y Cortijo	L. y M.
»	»	El hijo del Virey	1	Menuel Rillás	L.
10	3	El último tranvía	1	Palacio, Romea y Valverde	M. y 1/2 L.
»	»	En la tierra como en el cielo	1	Lastra, Ruesga, Prieto, Chueca y Valverde	L. y M.
»	»	Escenas de verano	1	Isidoro Hernández	M.
»	»	Fiesta torera	1	D. Angel Rubio	M.
	»	La cancion del beneficio	1	Martínez y Cansino	L. y M.
»	»	La Diva	1	Mariano Pina Dominguez	L.
»	»	La esperanza de un noble	1	Sres. Barbero y Sevilla	M. y 1/2 L.
4	3	La madeja se enreda	1	Lastra y Reig	L. y M.
»	»	La procesion de microbios	1	D. Adolfo Llanos	L.
»	»	Les estrenes	1	Sres J. Such y Sierra	M.
»	»	Los gemelos	1	Gorriz, Rubio y Espino	L. y M.
»	»	Los matadores	1	D. Angel Rubio	M.
»	»	Manía per lo Italiá	1	Sres. J. Such y Sierra	M.
7	5 c.	Mazzantini	1	Infante Palacios y Hernandez	L. y M.
»	»	Melones y calabazas	1	Tomas Reig	M.
»	»	Mi pesadilla	1	D. Isidoro Hernandez	M.
13	4 c.	Medidas sanitarias	1	Sres. Lastra, Ruesga, Prieto, Chueca y Valverde	L. y M.
»	»	Nuestro prólogo	1	Pina, Búrgos y varios maestros.	L. y M.
»	»	Pavo y turron	1	Luceño y Búrgos	L.
3	3	Pérdida	1	D. Isidoro Hernandez	M.
3	1	Por asalto	1	Ramon de Marsal	L.
»	»	Por la culata	1	Cocat y Reig	L. y M.
»	»	Por lo militar	1	Pascual Alba	L.
»	»	Remifá	1	Sres. Barranco Chueca y Valverde,	L. y M.
»	»	Saltó y vino	1	Pablo Barbero	M.
»	»	Será lo que tase un sastre	1	Ibañez, Gomez y Espino	L. y M.
»	»	Un ensayo general ó el portal de los belenes	1	Prieto, Barbera y Reig	L. y M.
»	»	Un domingo en el Rastro	1	Luceño, Chueca y Valverde	L. y M.
»	»	Un Otelo de Chinchon	1	Tomás Reig	M.
»	»	Verónica y volapié	1	Beltran Escamilla y Rey	L. y M.
»	»	De Madrid á los Corrales	2	D. Angel Rubio	M.
7	3	El hijo de Dios	2	Sres. Diaz Escobar y Santaolaya	L. y M.
»	»	Niniche	2	M. Pina Dominguez y Espino	L. y M.
»	»	Novillos en Polvoranca ó las hijas de Paco Ternero	2	Vega y Barbieri	L. y M.
»	»	El guerrillero	3	Sres. Arrieta, Llanos, Chapi y Brull	2/3 M.
10	3 c.	El hermano Baltasar	3	José Estremera	L.
9	3 c.	El milagro de la Virgen	3	P. Dominguez y Chapi	L. y M.
»	»	El príncipe de Viana, *ópera*	3	Capdepon y Grajal	L. y M.
»	»	Los fusileros	3	Pina Dominguey y Barbieri	L. y M.
	2	Si yo fuera Rey	3	Mariano Pina	1/2 L.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta,* calle de Carretas; de *D. Fernando Fé,* Carrera de San Jerónimo; de *D. Antonio de San Martin,* Puerta del Sol; de *D. M. Murillo,* calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado* y de los *Sres. Córdoba y Compañía,* Puerta del Sol; de *D. Saturnino Calleja,* calle de la Paz, y de los *Sres. Simon y Compañía,* calle de las Infantas

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné,* 15, rue Monsigni, **PARIS.** PORTUGAL; *D. Juan M. Valle,* Praça de D. Pedro, **LISBOA** y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior,* rua do Bomjardin, **PORTO.** ITALIA: *Cav. G. Lamperti,* Via Ugo Fóscolo, 5, **MILAN.**

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.